

Ilustración

DANIEL SEILICOVICH

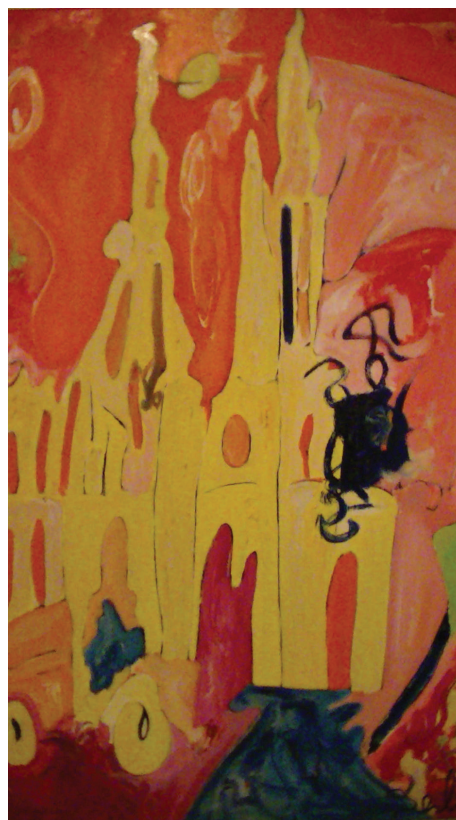
(Artista plástico argentino contemporáneo)

La obra de Daniel Seilicovich adhiere a uno de los argumentos (*tropos*) del escepticismo que trata de *posiciones, distancias y lugares*. En su serie sobre “*Imágenes de Luján*” recrea un espacio que hace regresar del tiempo a sus muros convirtiendo la impronta de la ciudad en una alquimia de surrealismo y fauvismo. Sus pinturas son dinámicas, desnudando la historicidad donde el hombre existe a través del propio legado y no de su presencia. El movimiento las retira del pasado para convertirlas en sempiternas en una observación íntima del espacio reflejado. El hombre, paisaje en movimiento, pasa ante la contemplación de lo quieto. Con la emotividad y cromatismo de las figuras obtenidas el artista las mantiene vigentes en su esencia, en las que no hay tormento humano, solo infinitud del espacio-tiempo. Asoma una tranquilidad del carácter. Contrasta en su exposición con esta época de inmediatez. Hay un tinte escéptico en su filosofía artística que se denuncia en la serenidad del espíritu, evitar el sufrimiento, no precipitar el juicio.

Seilicovich utiliza con argucia uno de los *tropos* de los escépticos, el quinto. En relación con las *distancias*, sus imágenes se presentan diferentes de las reales logrando el efecto de asimetrías, desproporciones, hasta conseguir el movimiento. También impregna los *lugares* de las históricas estructuras de la ciudad de Luján con el juego de la luz que se aposenta en cada lugar, haciendo jugar en dichas *posiciones*, distintas inclinaciones de los contornos cromáticos en los relieves de las fachadas. Estas diferentes visiones de acuerdo a las *distancias*, los *lugares* y las *posiciones* determinan una diversidad de imágenes que el artista explora desde una observación que no deja de ser subjetiva. Con esta postura, a través de su obra, el juicio de validez queda suspendido para abocarse al escepticismo. En él toda demostración es relativa, aleatoria, lejos de ser comprobada objetivamente, ya que la conciencia pasa a ser parte de lo observado. Nos hace participantes y no meros observadores, siendo parte de una “*realidad no objetiva*”.

–Seilicovich, quiero un artista que suspenda el juicio y tenga serenidad de ánimo, pero que exprese lo que la gente teme hacer.

–La realidad es contradictoria. Nosotros, lo somos. El cosmos íntegro lo es. El hombre intenta no confrontar sus ideas porque se confunde, transforma su certeza en duda. Entonces se acostumbra a usar su verdad como un dogma. No quiere oposiciones porque cambiaría sus intereses.



“Otra visión de la Basílica de Luján”
Óleo sobre tela, 70 × 100 cm, 2014

–Entiendo este miedo, Daniel, pero la realidad confunde porque parte de nuestra subjetividad. La acción del verdadero “epoché” del escepticismo –suspensión del juicio– es renunciar a toda pretensión de la certeza a ultranza, porque esto impide salir del subjetivismo. El arte debe investigar, observar, evitar la imaginación de la realidad y atrapar la realidad de la imaginación.

–Yo te pregunto ahora, ¿cuál es la matriz? ¿La imaginación o la realidad? ¡Mira!, entre ellas oscilamos y la opinión común a la que obliga el “poder” transforma a una en verdadera y a la otra en falsa, sin importar si proviene de una certeza o de un mito.

–Es evidente que el escéptico siempre fue visto como un obstáculo por los intereses del poder.



"Casa Antigua"
Óleo sobre tela, 70 × 100 cm, 2014



"Otra visión (Casa Antigua)"
Óleo sobre tela, 60 × 70 cm, 2014

—Coincido, cada afirmación dogmática tiene otra. Cada negación del "poder" crea otro. El hombre está en esta lucha dogmática. La razón lleva al dogma, al poder, al dominio, a lo absoluto. Por el momento, el humanismo es un proyecto.

EL HOMBRE ES INCAPAZ DE HALLARLE UNA FINALIDAD A LA EXISTENCIA

La idea hecha dogma hace al hombre extraviar al sujeto, perder la libertad. En su defensa este debe sobrepasar las imaginaciones a que lo somete la vida y los mitos de la posexistencia. El escepticismo es lo que más se ha aproximado a esta reflexión, más allá de que todo pensamiento unificado no deja de ser un dogma. Es una aporía pensar que el hombre puede prescindir del dogma, porque este representa una potestad de su conciencia. Quizás sea posible ejercer juicios más abiertos y cercanos a las posibilidades reales que tiene su conciencia, si le fuese posible: a) renunciar a la imaginación que ha creado para olvidarse de su estado existencial de temporalidad y muerte; b) soportar el hastío de la vida por esta incomprensión de su verdadera naturaleza; c) evitar disfrazar sus circunstancias con fantasías (mitos, miedos e hipocresías); d) aceptar que el *eros* es una posición de dominancia que lo natural ejerce sobre el hombre para inculcar su incógnito mandato.

El temor al tiempo y a la muerte provoca en el hombre una huida hacia el futuro, desdeñando el único tiempo posible, el presente, sin reflexionar que

esta posición lo acerca al verdugo. Lo desvirtúa de la razón y de la inocencia del *ser* para sumergirlo en la animalidad, dejándolo en un estado intermedio entre su *ser existencial* y las posibilidades de encarnarse a un hombre humanista (alquimia de dignidad, libertad y justicia social) en un impulso visceral de autenticidad individual, de su "yo", para comprender al "otro". Para esto deberá luchar contra los dogmas, devolver al hombre el *sujeto* arrancado por el progreso del posmodernismo y sus condiciones sociales. Entonces podrá abrirse a cualquier pensamiento, donde los puntos de vista se observen mutuamente sin anularse, sino en complementariedad.

El escepticismo fue un enemigo del poder como lo declara Montaigne en "*Libros Prohibidos*" (1674). La ciencia a partir del Renacimiento se mimetizó con su propio mito. Apartada la sospecha de la metafísica, el hombre creó otro llamado progreso que sensiblemente se convirtió en intereses de una religión diferente, excluida del sentimiento y de la sinrazón, complementariedades de su propia conciencia. Esta fue la herramienta que utilizó para apoderarse o marginar las voluntades de otros hombres y también de los recursos económicos-políticos con la revolución del conocimiento. La razón dominó al escepticismo y se abrazó al desarrollo de las ideas dejando al hombre sensitivo muy atrás de sus conquistas. El culto a la razón se encaramó por sobre la sinrazón del sentimiento, de la sensibilidad, pero sorpresivamente con la duda metódica derivada del proceso cartesiano dejó vigente al escepticismo.

La existencia es un acto moral porque debe sobreponerse al *ser*, al equilibrio de la razón/sinrazón, al acontecimiento del tiempo y de la muerte, a los genes de la naturaleza. El escepticismo lo hace con la serenidad del espíritu (*ataraxia*) y con la observación del acto (*epoché*), sabiendo que verdad/mentira, mejor/peor, falso/cierto pueden ser instantes de un mismo fenómeno. Podemos discutir el problema moral del hombre sin necesidad de incluir la validez del conocimiento. Aquí no debemos discernir su certeza, sino el propósito. Todo conocimiento lleva el riesgo de su utilización. El *ser existencial* ha desembocado en un hombre con capacidad de dominio en donde el miedo es su condición natural. En este terreno se atenta contra la posibilidad del prójimo; de que el conocimiento tenga validez por sí mismo y que se añada a la moral que emana de su *ser existencial*. La historia en este aspecto ha sido lineal. El hombre siempre intentó dominar al hombre. El conocimiento fue un arma para dominar a los otros desde lo político, lo económico e incluso como acto de perversión. Moral y conocimiento hoy pueden ser términos opuestos, se aniquilan mutuamente, actúan en detrimento uno del otro. El conocimiento conlleva otro riesgo. Eleva al hombre a una consideración metafísica de su vida terrenal para explicar su angustia, ya no existencial, sino de vida mundana. No busquemos la realidad de esto, sino que miremos el proceso histórico. *Así se asimilará que la toma de conocimiento ha servido al dios y al diablo.*